

tradicionales. Un poder sin fronteras -el poder económico- que empieza por dar de lado los altos intereses generales que de “forma sublimada, ruinoso e intransigente”, como dice un moderno historiador, fueron simbolizados por Carlos V y Felipe II, vinculados estrechamente aún a los graves problemas con que el Imperio se enfrenta en Centro Europa. Lo que aquí se critica, y ha sido tan hábilmente desvirtuado por sus detractores, es el concepto de la unidad europea que España, con visión de futuro, defendió exhaustivamente. A la luz de la Historia resulta incontestable que España (y en consecuencia, Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Sicilia, Nápoles, Milán era por extensión todo aquello que aportaba en los hatillos de sus conquistadores: el Derecho Romano y la cultura helénica, el luminoso espíritu de Italia y el genio mediterráneo. Esto es, la vanguardia europea, el crisol y la síntesis de la moderna Europa, avanzada incontenible del Renacimiento, como lo fue mas tarde del Barroco. España significaba entonces, nada menos, con Carlos V y Felipe II, que el espolón cultural del incipiente unitarismo europeo, destrozado a la postre en el largo pugilato fratricida que supuso la Guerra de los Treinta Años, donde naufragaron los sueños continentales del gran Emperador y hasta la misma concepción española de su destino histórico. Europa, sencillamente, estaba representada por España. Mejor dicho: únicamente España fue en ocasiones Europa. Lo fue en Lepanto, salvando a Europa, rencorosa y chata, que había asistido poco menos que impasible al sacrificio de Constantinopla, de la imparable invasión otomana, dueño ya el Impe-



rio Turco de gran parte del oriente europeo. Lo fue en Viena, frenando al arrollador avance de la misma potencia extracontinental. Y muy otro hubiera sido el porvenir del Viejo Continente de haber quedado España derrotada en el colosal enfrentamiento de Lepanto, “la más alta ocasión que vieron los siglos”, en el decir de Cervantes. Leemos: “Si Lepanto hubiera tenido otro signo, todo el flanco sur europeo y las costas de Africa del Norte habrían quedado a merced del vencedor, y con sus ejércitos -ya instalados en el corazón de Europa- ésta **HUBIERA PERDIDO PARA SIEMPRE SU PAPEL PREPONDERANTE EN LA CULTURA DEL MUNDO**”.

Con el “Mercantilismo” (virtualmente monopolista, exclusivista) y la clase que lo avala, el panorama europeo cambia de manera radical. No importa tanto el crear afinidades ideológicas sino el crear intereses. De ahí que cuando España circunda por primera vez la Tierra y se abre el mundo entero al afán de aventuras de un pueblo como el castellano, aferrado a las esencias medievales (la epopeya americana representó, en gran medida, una prolongación de la Reconquista) se viera al poco tiempo enfrentada Castilla a la creciente oposición de otros reinos peninsulares con anchas perspectivas mercantiles en el norte de Europa y el Mediterráneo, volviendo la espalda a América. De ahí también que Castilla, principal antagonista del programa suscrito por la burguesía europea, acabase llevando la peor parte en la pugna, cada vez más enconada, entre dos concepciones sobre el mundo (la vida-el hombre-sus fines). Cuando el nuevo poder capitalista alcanza la plenitud histórica, y con ella el decisivo dominio de los medios de difusión escrita, se puede comprobar cómo invaden Europa toda suerte de campañas tendenciosas y oposición impresa y en qué grado llegaron a influir estos resortes a escala universal, desprestigiando primero (con el servil engendro de la “Leyenda Negra”) y anulando después un ideario cada día más antagónico, hasta operar con el tiempo en las gentes de Castilla, que han visto ya enturbiada su visión connatural del mundo, un curioso rechazo de sus propios horizontes y logros.

Siguiendo el ejemplo sueco, el ejército se profesionaliza (los regimientos se compran con dinero) y el modelo de sociedad que distinguía a Castilla de otros pueblos acaba siendo, paradójicamente, un patrón anacrónico en desuso. El protagonismo de la mujer castellana (extensivo a todos sus dominios y hecho valer tan elocuentemente por sus conquistadores en América) es también anulado por las modernas influencias del “Mercantilismo” y llegará a extinguirse con el advenimiento de la Casa de Borbón,